

Amor y Respeto: Consejos bíblicos para matrimonios perdurables

El matrimonio fue la primera institución que Dios estableció en la sociedad humana, antes que la Iglesia, antes que el Estado, antes que cualquier otra institución. El matrimonio es el diseño de Dios para que el hombre señoree sobre la tierra, la cultive y la hermosee.

El hombre tiene la responsabilidad de reflejar la imagen de Dios ante el resto de la creación, y al Señor le plació crear a la mujer como complemento perfecto para que esta misión tan excelsa se pudiera alcanzar.

Aunque Dios ha determinado que algunos hombres y mujeres vivan siempre en soltería, y a otros les dotó de dones célibes para el servicio exclusivo en actividades eclesíásticas y de misericordia, no obstante, es a través del matrimonio, entre un hombre y una mujer, que se refleja de manera más clara la gloria de Dios, sus atributos y la perfección de las relaciones intratrinitarias.

A través del matrimonio se cumpliría el propósito divino de llenar esta tierra con imágenes de Dios, es decir, con más hombres y mujeres que reflejan sus atributos comunicables. A través del matrimonio Dios introduciría en la tierra a su Hijo encarnado para dar salvación al hombre pecador y manifestar de una forma plena su gloria e imagen.

Siendo el matrimonio una de las formas más excelsas a través de las cuales se refleja la gloria de Dios en el mundo, entonces, cuando el pecado ingresa en la escena humana, causando daño y destrucción a todo lo bueno y santo, una de las cosas que más sufre su horrida afección es el matrimonio.

Satanás, el enemigo de Dios y de todo lo bueno, también se ensaña contra la institución del matrimonio y trata de pervertirlo al máximo, pues, entre más daño le cause, más afecta el propósito divino para con el hombre.

“Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas” (Gén. 6:1-2)

El matrimonio fue diseñado por Dios para que a través de la relación entre un hombre y una mujer se expresara la perfecta y santa unión que existe entre Cristo y la iglesia (Ef. 5), trayendo a luz hijos (aunque no siempre los hay) que también vivan para la gloria de Dios. Cuando el pecado entra al mundo, este propósito noble es distorsionado por Satanás, y los hombres ya no miraron al matrimonio de esa manera, sino como el medio para

satisfacer sus deseos egoístas de placer, aunque esto implique unirse con las hijas del diablo.

Otra de las cosas que más sufrió daño en la relación matrimonial fue el diseño original en la relación perfecta hombre-mujer, esposo-esposa, liderazgo-sujeción, amor-respeto. El varón debía ser cabeza de la mujer para amarla, cuidarla, protegerla y serle guía santa; la mujer debía ser sujeta, respetuosa y obediente a su santo marido. Pero ahora, después de la caída, el elemento santo de esta relación se había dañado, por lo tanto, las cosas se habían distorsionado.

En este estado deplorable, las relaciones entre esposo y esposa no serían perfectas. El esposo trataría de imponer una autoridad tirana sobre la mujer, y ésta sería sometida a la fuerza por un marido al cual no querría dar obediencia. Los dos entrarían a la relación matrimonial seducidos meramente por la atracción física, u otros objetivos egoístas, más no con la intención de reflejar la gloria de Dios en dicha unión.

Dos pecadores depravados iniciarían la empresa más gloriosa que Dios ha dado al hombre: construir una relación perfecta, que manifieste la perfecta relación entre Dios y su pueblo, y reproduzca hijos que anhelan cumplir con tan sagrado deber. Aunque la iglesia es la casa de Dios y el templo del Espíritu, el hogar debía ser ese lugar ideal para que la presencia de Dios se manifestara de una forma gloriosa.

Pero la depravación humana dañó lo más hermoso, y como consecuencia trajo dolor, angustia, y toda clase de rencores entre esposos y esposas. Ahora los hombres serían “felices” en el matrimonio sólo hasta cuando pudieran disfrutar de la hermosura física y la juventud de la mujer; y ella sería feliz hasta cuándo pudiera aprovechar los recursos y comodidades que el hombre pudiera darle. Pero una vez se acaba la belleza o el disfrute de las cosas materiales, se acaba la felicidad, se acaba la dicha, y se acaba la relación.

No obstante, el diseño de Dios para el matrimonio sigue en pie. La obra y muerte de Cristo no sólo buscó salvar a una muchedumbre de personas para introducir las almas al cielo, sino que propendió por la restauración de todo lo santo y bueno que Dios había puesto en esta creación.

La restauración de las santas relaciones matrimoniales también estaba incluida en la obra de redención. Él también derramó su sangre, murió, resucitó y ascendió a los cielos como sacerdote y rey, para restaurar la institución matrimonial a sus orígenes santos y perfectos.

Los creyentes en Cristo, ahora restaurados por medio de la regeneración, la justificación, y en proceso de santificación por la obra sobrenatural del Espíritu, propenden por la restauración al estado original y perfecto de la vida matrimonial.

Las Sagradas Escrituras abundan en instrucciones, mandamientos y consejos para que los esposos y las esposas sean lo que Dios diseñó que ellos fueran.

Siendo que dos de los elementos de la relación matrimonial que más sufrieron, a causa del pecado original, fueron: el amor del esposo y la obediencia y respeto de la esposa, los autores sagrados, inspirados por el Espíritu Santo, no escatimaron esfuerzo alguno en exhortar, una y otra vez, para que los esposos y las esposas creyentes, regenerados por el Espíritu Santo, en proceso de santificación y rumbo a la glorificación, se esfuercen en restaurar estos dos elementos que habían sido dañados: El amor y el respeto.

Es por eso que el apóstol Pablo, luego de exponer una profusa y profunda enseñanza sobre las similitudes entre la relación Cristo-Iglesia y esposo-esposa, resume su discurso en las siguientes palabras:

“Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como así mismo; y la mujer respete a su marido” (Ef. 5:33).

Amor y respeto, dos elementos fundamentales para una relación matrimonial que busca glorificar a Dios. Si el matrimonio no tiene como propósito honrar al Señor, entonces, fácilmente será presa de todas las dificultades, problemas y confusiones que hoy día están conduciendo al divorcio y la separación. Buscar la gloria de Dios en la vida matrimonial nos librá de del egoísmo, despotismo, manipulación e irrespeto.

Nuestro texto consta de dos mandatos: Primero, *el marido ame a su mujer como así mismo*, y segundo, *la esposa respete a su marido*. Son dos conceptos para nada difíciles de comprender, pero sí de practicar.

En primer lugar, dice Pablo, *cada uno de vosotros* (los maridos) *ame también a su mujer como así mismo*. La redacción griega de este mandato implica: ámela constantemente, en todo momento, circunstancia u ocasión. No se trata de un amor supeditado a situaciones externas o internas, no se trata de: unas veces sí y otras no, sino, en todo momento.

El amor que Dios espera del marido para con su mujer, no es egoísta, es decir, no se trata de obtener de ella lo que me satisfaga. Algo no está bien cuando el marido considera a su

mujer simplemente como la que prepara los alimentos, asea la casa, cuida a los niños, les ayuda en las tareas escolares, lava y plancha la ropa del marido.

Es común escuchar a los esposos quejándose de la falta de respeto y obediencia de sus esposas, pero, siendo que los maridos son la cabeza y sacerdotes de su hogar, entonces, la falta de respeto de sus esposas está en mucha relación con la mediocridad del amor de su marido. Crisóstomo expresó este gran principio en las siguientes palabras:

“Te has dado cuenta de cuál es la medida de la obediencia? Presta atención también a la medida del amor. ¿Te gustaría que tu mujer te obedeciera como obedece la Iglesia a Cristo? Ten de ella el mismo cuidado que tiene Cristo de la iglesia. Y, si fuera necesario que dieras tu vida por ella, o que se te descuartizara mil veces, o sufrir lo que fuera por ella, no lo rechaces... Cristo trajo a la Iglesia a sus pies por medio del gran cuidado que tuvo de ella, no con amenazas ni con temor ni con cosas parecidas; compórtate tú así con tu mujer.”¹

Mi esposa suele decir: “Si tú me amas como Cristo ama a la iglesia, me será más fácil caer rendida a tus pies, si tú me demuestras tu amor incondicional, tierno, cariñoso y santificador, me derretiré a tus pies.” El respeto que esperamos de nuestras esposas debe ser ganado con el amor que les brindamos.

Es interesante notar que Pablo no manda a los esposos que respeten a sus esposas, pues, no era necesario, ya que la actividad principal del esposo en la relación matrimonial es amar, amar y amar a su mujer; y luego de haberla amado, amarla aún más, continuar amándola, hasta llenarla de puro y completo amor. ¿Será que si el esposo ama a la esposa de esa manera abundante y constante, la irrespetará? De seguro que no.

De la misma manera, Pablo no ordena a la mujer amar a su marido, sino a reverenciarlo. La actividad principal de la mujer en el matrimonio será vivir para honrar, honrar y honrar a su marido. Nada en este mundo, después de Dios, será más importante en honra para la mujer, que su marido. Ella lo reverenciará, trabajará por su honra, lo tendrá en el lugar más alto para respetarlo, luchará por su honra, y lo dará todo por reverenciarlo. Si una mujer llega a honrar a su marido de esta manera ¿será que dejará de amarlo? De seguro que no.

¹ Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Página 724

El amor del marido hacia la mujer debe ser superior a cualquier otro amor que se exprese en la tierra, excepto el amor a Dios. Aunque los hijos tienen un vínculo sanguíneo especial con los padres, o los padres con los hijos, no obstante, hay un vínculo mucho más íntimo entre el esposo y la esposa. Ellos se han convertido en una sola carne, casi pudiéramos decir, en una sola persona. Los intereses del uno serán los mismos del otro, los amores del uno serán los amores del otro, los objetivos del uno serán los objetivos del otro, las alegrías del uno serán las alegrías del otro, lo mismo con las tristezas, los anhelos, etc. Cristo lo dijo de esta manera: *“Así que ya no son más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó no lo separe el hombre”* (Mt. 19:6).

Aunque la unión sexual es el sello de esta integración de dos en uno, también se trata de una unión espiritual, emocional, almática y fundamental que se deriva de la relación conyugal. Alguien dijo que esta no es una relación entre dos personas, sino entre tres, porque Cristo se hace presente en ella para bendecirla y darle la unión que la vuelve indisoluble, y sólo podrá romperse con la muerte.

Los esposos que glorifican a Dios en sus matrimonios no están luchando el uno contra el otro, sino que por el contrario los dos, que en realidad son uno, trabajan por un mismo objetivo. Cuando nos vemos de la manera cómo nos ve Cristo, entonces abandonaremos el egoísmo y nos entregaremos el uno al otro. Trabajaremos incansablemente para que el otro sea lo que Cristo quiere que sea. El esposo se sentirá satisfecho al ver crecer en santidad a su esposa, y la esposa se sentirá dichosa al ver cómo su marido asume el rol de autoridad en la casa. Ya no serán dos economías, sino una. Ya no serán dos placeres sino uno.

Maridos amad a vuestras mujeres como a vosotros mismos. ¿Has pensado en cuánto te amas? Cuando discutes con tu esposa y se pelean, ¿no quedas pensando en lo injusta que ella es al no darse cuenta de que ella es la culpable de todo? Pues, ella, muy posiblemente no es la única culpable. Sólo que tú te amas tanto a ti mismo, que sólo piensas en tu perspectiva, basado en tus intereses. Bueno, lo que Pablo dice que debes hacer es lo siguiente: Cuando discutas con tu esposa, y te parezca que tú tienes la razón y ella no, invierte las cosas. Piensa que ella tiene la razón y tú no, que tú has sido el injusto y causante del problema; si haces esto, de seguro que las cosas cambiarán y muy pronto verás como el amor fluye como un caudaloso río en tu relación matrimonial.

Pero tú dirás ¿Qué? Si yo hago eso que usted dice, mi esposa me la montará, ella hará lo que quiera y yo no voy a permitir eso. Bueno, quiero recordarte que las cosas en el Reino de Dios, son contrarias a cómo el mundo las mira. Escucha lo que dijo Jesús: *“Por tanto, si*

traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23-24). No debemos esperar a que el hermano ofendido venga a nosotros, sino que debo ir a mi hermano, pues, sé que él está ofendido conmigo. No sé si le ofendí con intención o no, o si su apreciación es justa o no. Mi deber es estar en paz con todos los hombres ¡cuánto más con mi esposa!

Maridos, es posible que ustedes digan: Pero, amar a una mujer tierna, obediente, decorosa, es muy sencillo; pero una esposa como la mía, eso es imposible. ¡Quién podría amar a un engendro de boa con cascabel! Pues, si es posible amar a un engendro así, porque tú eres ese engendro. Tú eras enemigo de Dios, te deleitabas en hacer las obras del diablo, no amabas a Cristo, antes por el contrario, si hubieses estado al pie de la cruz en el Monte Calvario, también hubieras gritado contra él: ¡Crucifíqueme! Pero Jesús te vio así, sucio, miserable, rebelde; y él te amó. Él dio su vida por ti con el fin de hacerte una nueva criatura, vestirse de gracia y hacerte parte de su amada esposa. ¿Será tu esposa más indigna que tú? De seguro que no. Hay un gran altruismo en tu esposa al querer casarse con una persona como tú. Así ella tenga muchas debilidades, y requiera santificar su carácter en muchos aspectos, tú puedes amarla, porque tú has probado lo que es el verdadero amor.

En segundo lugar, Pablo manda en este texto a la esposa diciendo: *Y la mujer respete a su marido*. Para comprender cómo debe respetar la mujer a su marido, es necesario entender el significado de la palabra “temor” usada en este pasaje. *Phobetai* significa literalmente “temor”, pero no refiriéndose al terror o el miedo (aunque algunos esposos déspotas, tiranos y desconsiderados infunden miedo y terror a sus sufridas esposas), sino a la reverencia. Esta palabra es usada en el Antiguo Testamento para referirse a la reverencia y fe que el creyente debe expresar hacia Dios: *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová”* (Prov. 9:10). No el miedo o el terror, sino la reverencia y la fe, es lo que implica la palabra temor. “Se trata de un temor reverencial, de un respeto que no está reñido con el amor ni con la confianza íntima.”²

La Versión Moderna de la Biblia traduce este texto de la siguiente manera: *la mujer debe reverenciar a su marido*. “Debe respetarlo como cabeza del hogar, y de apegarse a él en fe, sabiendo que él ha hecho a un lado “a todas las demás” por ella.”³

² Henry, Matthew. Comentario Bíblico de Matthew Henry. Página 1688

³ Howard, R. E. Gálatas hasta Filemón. Comentario Bíblico Beacom. Página 265

El marido le ha sido dado a la mujer como cabeza, es decir, a través de él, Cristo la gobierna, ama, santifica y dirige (¡Qué responsabilidad tan grande la de los esposos!: ser como Cristo para su esposa). Esta enseñanza es claramente presentada en Efesios capítulo 5. El marido es comparado con Cristo, quien ama a la iglesia, y ella le rinde respeto o reverencia.

Siendo que el apóstol insiste mucho en la responsabilidad del marido, en el verso 33 le dice a la mujer: *“Y que no se le olvide a la mujer que debe respetar a su marido.”*⁴

Que no se le olvide a la mujer el reverenciar a su esposo, porque ella no dejará de ver en él cosas que le incitan más a despreciarlo que a honrarlo. Y si en él hay algo digno de honra, por el deseo pecaminoso que cada cónyuge tiene de sobresalir, ella tratará de ignorarlo. Como dice Calvino “Si tiene algún bien, ella intentará obscurecerlo a fin de que tenga ocasión de decir: “¿Y por qué éste tendrá preeminencia por encima de mí? Porque él no es más capaz de dominar que yo”. Y sabemos la pretensión que está en los hombres y las mujeres. Porque cada uno piensa ser más hábil que su compañero. Las mujeres, pues, querrían gobernar y ser las amas. He aquí porqué S. Pablo amonesta que ellas han de permanecer en la condición en la que Dios les ha puesto, a saber, estar sujetas, que no tienen que examinar lo que está en sus maridos, para saber si son dignos de dominar y tener superintendencia; que conozcan que lo que Dios ha establecido se tiene que observar sin contradicción ni réplica, y que no hay que inquirir: “¿Y por qué esto, y por qué lo otro?”, a fin de tener excusa para estar libres de la obediencia de Dios y de lo que Él nos ha ordenado.”⁵

Algunas mujeres se excusan en su falta de sujeción e irreverencia hacia sus maridos diciendo: “Es que él no ha conquistado mi obediencia. Su mala conducta y su falta de amor me han llevado a ser irrespetuosa para con él.” Pero esto no es lo Dios dice. El Espíritu Santo manda a toda mujer respetar y reverenciar a sus maridos, independientemente de lo que haya en ellos. Esposa cristiana, así como el marido ganará tu respeto y sumisión con su abundante amor, tu ganarás el amor de tu esposo con tu obediencia y respeto hacia él. Hónralo y él te amará.

El pecado ha pervertido tanto las cosas, que este mandato ha sido trastocado. Hay mujeres tan irreverentes para con sus maridos, que éstos son los que desarrollan un

⁴ Henry Matthew. Comentario Bíblico de Matthew Henry. Página 1688.

⁵ Calvino, Juan. Sermones sobre Efesios. Página 740.

temor hacia ellas. Ellos no se atreven a tomar ciertas decisiones si la mujer no está con ellos en el momento de decidir, porque temen la reprimenda, la mala respuesta y la manipulación sentimental de sus díscolas e irritables esposas.

Algunas esposas, incluso algunas creyentes, podrán decir: ¿Cómo voy a reverenciar a mi esposo? ¿Acaso soy inferior a él? Sólo reverencio a Dios y a mis padres. Los dos somos cabeza, porque ambos tenemos la misma dignidad y la Biblia dice que los hombres y mujeres somos iguales. Pues, es verdad, ambos son iguales en dignidad y los dos tienen la misma inteligencia. Aquí no se trata de superioridad, sino del diseño que Dios estableció. Dios es un Dios de orden, y a él le plăció establecer el principio cabeza-sujeción, no sólo en la creación, sino en las relaciones intratrinitarias.

Escuchemos lo que dice Pablo: El apóstol Pablo dice *“Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo”* (1 Cor. 11:3). Cabeza, en este contexto, significa “autoridad”. El varón ha sido puesto por autoridad sobre la mujer, pero el varón, a la vez, está sujeto a una autoridad superior, Cristo. Pero el mismo Cristo está en sujeción a Dios el Padre. Preguntémosnos: ¿Es el Padre superior al Hijo? De ninguna manera. ¿Es el varón superior a la mujer? De ninguna manera. Pero así como Cristo se somete al Padre y sólo está interesado en hacer lo que le honre, la mujer se somete a su marido y trabajará por su honra.

Otro pasaje que nos ayuda a comprender este tema es el siguiente: *“Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón”* (1 cor. 11:7). El varón, “en su relación de autoridad hacia la creación y hacia su esposa..., representa el dominio de Dios sobre la creación y la jefatura de Cristo como cabeza de su iglesia.”⁶ Pero la mujer, cuando reconoce la autoridad del varón y lo reverencia, es gloria de él, y así los dos glorifican a Dios. El hombre le glorifica gobernando con sabiduría, y la mujer le glorifica, honrando con sujeción a su marido.

La vida, testimonio, modo de hablar, modo de vestir y dedicación al hogar de la mujer, redundará para la gloria o deshonor de su marido. Una mujer chismosa y suelta de lengua es causa de vergüenza para su marido. Una mujer que viste sin decoro, vulgar y mostrando su cuerpo, es vergüenza para su marido. Él sabe que los otros hombres no lo mirarán con respeto por la clase de esposa que tiene. Pero la mujer virtuosa, la esposa

⁶ Kistemaker, Simon. 1 Corintios. Página 406.

bíblica, con su testimonio, hace que la gloria de su marido brille: *“Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra”* (Prov. 31:23).

También el apóstol Pedro exhorta a las esposas para que sean reverentes para con sus maridos: *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole Señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza”* (1 P. 3:6).

El apóstol Pedro describe algunas características de la verdadera sujeción que honra al marido y glorifica a Dios:

- Una conducta casta (decente, virtuosa) y respetuosa.
- Un espíritu afable (suave en la conversación y en el trato) y apacible (dulce, serena, agradable en el trato, pacífica).
- Es respetuosa en la forma como se dirige a su marido. Aunque en nuestra cultura las esposas no se dirigen a sus esposos llamándoles “señor”, el principio de la Palabra es el respeto. Una mujer siempre debe ser respetuosa en la forma como habla a su marido. Esto no significa que no habrá confianza en el trato, sino que nunca lo irrespetará.

Conclusiones:

¿Cómo serían los hogares si los maridos amamos a nuestras esposas de la forma bíblica, y las esposas reverencian a sus maridos? *“no habría pendencias, separaciones ni divorcios. Nuestros hogares serían más como premoniciones del cielo que lo que son a menudo.”*⁷

Muchos varones aspiran a ser pastores, ancianos, diáconos, predicadores, en fin, servidores para el avance del Reino de Cristo; Pablo dice que el que anhela estas cosas, buena obra desea. Pero, hay una cosa, que suele pasarse por alto, lo cual se convierte en

⁷ MacDonald, William. Comentario bíblico. Página 886

un serio obstáculo para ejercer este servicio: las malas relaciones conyugales. Esto es tan serio que Pedro dice que cuando el esposo no trata con amor, consideración y ternura a su esposa, las oraciones de este varón tendrán estorbo (1 P. 3:7). De la misma forma Pablo dice que el que anhela servir en la iglesia *debe gobernar bien su casa* (1 Tim. 3:4). Un marido gobierna bien su casa cuando ama tiernamente a su mujer. Cuando le dedica tiempo, cuando es cariñoso para con ella, cuando la santifica, cuando la cuida. Un esposo que no tiene frecuentes momentos de intimidad con su esposa, la está descuidando, y la expone a la tentación. Es un pecado saber hacer lo bueno y no hacerlo (Stg. 4:17). Y algo bueno para los esposos es tener intimidad de manera frecuente. Escuchemos lo que dice Pablo al respecto: *“El marido cumpla con su mujer el deber conyugal, y así mismo la mujer con el marido”* (1 Cor. 7:3). El mandato bíblico es que tanto la mujer como el hombre deben tomar la iniciativa en tener momentos de intimidad sexual, y prohíbe que alguno de los se resista a entregarse con pasión al deseo de su cónyuge: *“La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido: ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No nos neguéis el uno al otro...”* (1 Cor. 7:3-4). Es un terrible pecado no tener intimidad sexual entre esposos, y es exponerse al pecado no hacerlo de manera frecuente: *“No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento (un cónyuge no debe someter a abstinencia al otro sin que haya acuerdo, esto es un pecado), para ocuparos sosegadamente en la oración (no es por cualquier causa que los esposos tendrán cortos tiempos de abstinencia); y volved a juntaros en uno, para que no os tiende Satanás a causa de vuestra incontinenia”* (1 Cor. 7:5-6). Dice Simón Kistemaker “En otra parte, Pablo enseña que el esposo es la cabeza de la esposa (11:3, Ef. 5:23). Pero aquí enseña claramente en cuanto a lo sexual, ambos tienen la misma autoridad sobre el cuerpo del otro, y ambos deben someterse al otro. De esta forma se da una mutualidad completa.”⁸ Y Kistemaker, basado en este pasaje de 1 Corintios, llega a afirmar una gran verdad que debiera hacernos temblar y cambiar de actitud hacia nuestras esposas:

“Si Dios creó al varón y a la hembra, si los creó como seres sexuales, si en el matrimonio les dio autoridad sobre el cuerpo de cada cónyuge y si Dios mismo instituyó el matrimonio, entonces, la abstinencia permanente y obligada es contraria a los planes de Dios. En suma, cuando el compañero defrauda a su pareja

⁸ Kistemaker, Simon. 1 Corintios. Página 235.

está violando una ordenanza de la creación (Gn. 1:28; 2:24) y en lugar de ser más espiritual, se convierte en más pecaminoso.”⁹

Esposo, ¿Sabes cuánto sufrimiento y dolor le has causado a tu esposa con tu frialdad y falta de interés íntimo hacia ella? ¿Sabes cuánta bendición del cielo ha dejado de llover sobre tu vida espiritual porque estás violando la Palabra de Dios al someter a tu esposa a una abstención prolongada y sin ninguna justificación bíblica?

Y una aplicación para las esposas: ¿Cómo es el trato hacia tu marido? ¿Cómo reaccionas ante la toma de decisiones que no son de tu agrado? ¿Cómo le preparas o sirves la comida cuando tú no estás contenta? Crisóstomo, interpretando Efesios 5:33, nuestro texto central, y hablando del temor o respeto que la mujer debe expresar hacia su marido, dice: “¿Y cuál es la naturaleza de este temor? Significa que ella no te contradiga, o que se coloque así misma contra ti, o que ame la preeminencia; si el temor gobierna hasta este punto, basta. Pero si tú la amas, como se te ordena que lo hagas, tú lograrás más que esto; lo que es más, lograrás esto ya no por temor, sino que el amor mismo tendrá su efecto.”¹⁰

Amadas hermanas en Cristo, hijas de Sara, no ames la preeminencia. Gózate en ayudar a tu marido para que su servicio al Señor sobresalga más que el tuyo. Recuerda que si tu marido sirve a Dios, y tú sirves a tu marido, los dos recibirán la misma recompensa, porque el servicio de tu marido estará ligado al tuyo. No sigas el camino de las hijas del mundo, las cuales quieren sobresalir al igual que sus esposos, porque se consideran inferiores si no trabajan de la misma manera. En el reino de Dios todo es distinto: el servicio a tu marido es el servicio a Dios. Ese es tu principal trabajo. Sé que Dios a algunas mujeres les concede servir de manera abundante en algunos aspectos eclesiásticos (especialmente las viudas o solteras), pero tú, como esposa y tal vez madre, debes concentrarte de manera especial en honrar a tu marido, si haces esto, habrás cumplido con lo que Dios espera de ti, y tendrás una gran recompensa.

⁹ Kistemaker, Simon. 1 Corintios. Página 235

¹⁰ Howard, R. E. Gálatas hasta Filemón. Comentario Bíblico Beacom. Página 265 (Citando a Crisóstomo)